

Juan José Delaney

## Irse

Apenas tomó conciencia de la situación, ordenó le discontinuaran el servicio telefónico. Casi todos sus amigos habían muerto, a los parientes siempre los había considerado inexistentes y, encima, su hija única, entonces en el extranjero, hacía mucho que había dejado de comunicarse con él. Entonces estimó que lo mejor era retirarse sin decir nada, sin despedirse siquiera de la criada, único ser con quien compartía diariamente unas pocas horas y unas mínimas palabras. En verdad, la decisión era atinada como lo mostró el hecho de que la mujer, ocupada en ordenarle el living, ni se volvió cuando él cruzó el ambiente rumbo a la puerta de salida. Ya en la calle, enfiló hacia el destino desde siempre previsto. A las cinco cuadras se dio cuenta de que se había olvidado el reloj pulsera e inmediatamente reflexionó que no se trataba de un olvido casual y que resultaba absurdo volver para buscarlo. Al cruzar el puente de la avenida General Paz se sintió cansado y detuvo la marcha para decirse que había caminado bastante, que desplazarse del barrio de Villa Urquiza hasta allí a pie no era poca cosa. Todo esto lo pensó sin darse vuelta, un poco porque su padre siempre le había enseñado que nunca había que mirar hacia atrás y otro poco porque ya tenía la vista fija en dirección al Partido de San Martín, su meta. A la media hora se detuvo en un boliche para pedir un vaso de agua. Pronto estuvo en el cementerio de San Martín, zona en la que estaba el objeto de la travesía. Había adquirido el sintético ambiente en cómodas cuotas. Ahora se instalaría entre esas cuatro desnudas paredes que sólo albergaban un lecho, un reclinatorio y un candelabro. Oportunamente había dejado de pagar el servicio eléctrico, por lo cual no tenía timbre. Llegaba a ese sitio tras un largo pero inexorable proceso en el que, poco a poco, más y más cosas habían ido perdiendo para él todo interés. Las palabras fueron lo último; por eso cuando les llegó el turno a ellas, sobrevino el aislamiento. Sin reloj,

sin diarios, sin medios de comunicación, el tiempo parecía no existir. Acaso porque era lo que en rigor quería o porque había nacido para eso, nada le costó habituarse a su nueva condición. Innumerales días se concentraban en uno que algunas plantas y un poco de agua lograban sostener. Lo que más hacía era espiar por la vidriada puerta. Su mirada sorteaba los árboles para detenerse en las prolongadas hileras de tumbas, guardianas de secretos y misterios: cretinos que habían sido sepultados como santos, almas grandes que habían tenido que partir envueltas por la ignominia. Muy cerca, los mortales intentaban el saqueo último: flores, monumentos, placas... A veces recibía inesperadas visitas de conocidos que se habían preocupado por averiguar su nuevo domicilio. Como la puerta no tenía llave, entraban sin pedir permiso. Casi ninguno de esos visitantes abría la boca. Se limitaban a mirarlo un rato y tras dejar un ramo se iban. Porque ya no tenía palabras, tampoco él decía nada. Una vez se apareció la hija. No estaba sola: un hombre y dos niños la acompañaban. Ella trató de expresarse. Primero lloró y después le salieron unas palabras. «Pensar que nunca pudimos hablar», dijo. O algo parecido. Pero él no podía hacer nada, y en verdad ninguna de esas inesperadas visitas ejercía ningún efecto sobre él. En cambio se emocionó y conmovió cuando empezaron a llegar personas que él entendía habían muerto hacía años. Curiosamente —y pese a que tampoco mediaban palabras— lograba con ellas una secreta y armoniosa comunión, la certeza íntima de que siempre habían estado con él. En cierta oportunidad se apersonaron sus padres, que bien sabía habían muerto muchísimos años atrás. Parecían mucho más jóvenes que él. Esa vez, sí, quiso hablar, y la palabra fue un gemido. El gemido primero y final, el incomprensible, el de todos.